



Elena Bayo sonríe feliz tras unos panes en su tienda de La Manga. :: PABLO SÁNCHEZ / AGM

► Quién. Elena Bayo.

► Qué. Dueña del herbolario-panadería Menta y Canela.

► Dónde. La Manga.

► Pasiones. La alimentación sana y la vida natural.

► Pensamiento. «No hay que perder la ilusión por ser mayor».

«Me encantaría ser nómada con una 'rulot', vivir en el campo y dormir en el suelo»

a la mente», anima-, hace votos por el Reiki como terapia curativa. «El universo te entra por la cabeza y te sale por las manos. Eres tú y la energía del universo. En realidad, la gente te mira como si estuvieras loca», es consciente. Nada le impide sin embargo curar con sus manos a los gatillos sin techo ni apellido que llegan a su rincón. «Tengo toda una familia gatuna a la que alimentar», señala los platillos de agua y pienso para los vagabundos peludos que pasen por allí, aunque también tiene oídos y corazón para los despojados racionales que llegan a su mostrador naturista. «Hago mucho de confesionario», reconoce sin pesar.

A los que tiene declarada la batalla es a los explotadores de gallinas ponedoras. «Solo quiero huevos de gallinas felices, que vivan sueltas. Me da pena el abuso a los pollos; al fin y al cabo ese sufrimiento te lo terminas comiendo tú», llama a la reflexión.

Elena tiene la miga, resistente y dúctil como el pan integral, que hace falta para empujar la rueda de los cambios. «Soy dura. Es curioso, pero solo me vengo abajo en épocas de bonanza y relax», cuenta años después la niña que creció jugando en un jardín de Los Dolores, entre el bullicio de una familia numerosa. La vida ha sido después lo que ocurría sin haberlo preparado. «Nunca hice planes, pero sí cumplí mi sueño de ir a India y Nepal», sonríe, ya sin prisa por llegar a ninguna meta imposible. «Fui 'hippie' de los de pantalón de campana, pero ahora estoy volviendo», retorna, aunque no es que la haya llamado de nuevo David Bowie, Pretenders o la voz irreal de Freddie Mercury que secuestraban su voluntad desde los escenarios de los macro conciertos de juventud. No es que se haya encontrado en un viejo cajón la chapa de 'peace&love' guardada con otros recuerdos agrícolos, como son todos los pozos de la memoria. Es que Elena sabe, como asumía Henry Miller, que vive «en un mundo sin esperanza pero sin desesperarse». Ya hace planes: «Me encantaría ser nómada con una 'rulot', vivir en el campo y dormir en el suelo. Te llena de energía».



:: ALEXIA SALAS

PROPIOS Y EXTRAÑOS

La idealista con miga

Elena Bayo, naturista y dueña de una panadería-herbolario, 'exhippie' retornada, resistente idealista. «Solo quiero gallinas felices», se planta

Si la dejaran, dejaría el mundo irreconocible con cuatro retoques. Entre panes de centeno y hamburguesas de tofu, se afianza en su idea de que el remedio a los terrores pasa por la economía del bien común que promueve el profesor Christian Felber. «No es ser idealista. ¿Acaso no es más imposible que un banco te dé un crédito?», reivindica, «sé que soy mayor, pero no quiero perder la ilusión». Elena, moño apresurado, mirada hospitalaria, hojas de plata por pendientes, vende alimentos saludables con convicción. Su tienda, en un encantador rincón de La Manga, refrescado con plantas y una bicicleta con hogazas y espigas de trigo, tiene algo de hogar campestre. «¿Compartes conmigo un agua de coco para reponer minerales?», invita acogedora con su mandil de mamá laboriosa.

El aroma dulzón de las especias se mezcla con el olor montuno de los panes de tomillo, y la fragancia espiritual de las velas e inciensos que cautivan los sentidos nada más entrar en el mundo de Elena. Lo suyo viene de lejos: «Siempre me preocupé de tomar suplementos de levadura y de germen de trigo, y de cuidar la alimentación».

Activa defensora del yoga —«te da elasticidad al cuerpo y tranquilidad